



CÓRNER

Orfeo Suárez

**PALABRA
DE
ENTRENADOR**

Prólogo de Carlos Toro

Confesiones, anécdotas y método de los
mejores técnicos del fútbol español

Palabra de entrenador es un conjunto de reflexiones, vivencias y anécdotas de los técnicos más relevantes del fútbol español, elaborado a partir del contacto directo y las conversaciones mantenidas con el periodista Orfeo Suárez. El libro descubre las razones por las que Vicente del Bosque huyó del patriotismo más inflamado en la charla previa a la final del Mundial. Nos muestra la velocidad mental de Cruyff, que está en la base de su fútbol.

Comprobaremos cómo se enoja Di Stéfano porque la Champions, para él, no se puede comparar con la Copa de Europa. Michel asegura que la cantera del Madrid necesitaría un Del Bosque en el banquillo, en la dirección técnica y en la presidencia. El miembro de la Quinta del Buitre escribe, además, sobre Pep Guardiola, definido por su entorno como una «esponja» y un «enfermo». Aquí están las imágenes de Pep y sus confidencias con Mourinho, un personaje tan irascible como sensible, que compensa con el éxito en el banquillo su sueño de ser jugador. Clemente dice que, como futbolista, habría encajado mejor en esta selección que en la que él dirigió, y Manzano recuerda cómo falsificaba fichas de jugadores en Regional.

Aragonés, Floro, Caparrós, Emery, Garrido, Benítez e Irureta son ejemplos de la escuela española, y también se ven reflejados los dos mundos que ejemplifican Valdano, Bielsa, Pochettino, Laudrup, Capello y Van Gaal, entre otros. Dos mundos que unen, en sabroso diálogo, Cappa y Lillo. Todos comparten más que un trabajo, comparten una pasión.

ACERCA DEL AUTOR

Redactor jefe de la sección de deportes de *El Mundo*, diario al que se incorporó en 1995, después de su paso por La Vanguardia, donde inició su trayectoria profesional con 22 años, en 1985. Ha cubierto como enviado especial cinco Mundiales de fútbol y cuatro Juegos Olímpicos. Es autor de los libros *Javier Clemente, mitad monje, mitad guerrero*, junto con José María Sirvent, *Los cuerpos del poder y Hablamos de fútbol*.

Participa como tertulio habitual de Radio Marca y en el programa *Estudio Estadio* de TVE.

ACERCA DE LA OBRA

«Orfeo Suárez establece con los entrenadores una instantánea relación de familiaridad propicia a las confianzas, quizás porque el entrenador ve en Orfeo a alguien más que a un periodista.»

CARLOS TORO

«Quienes en este libro solo busquen fútbol en estado puro, aunque nunca simple, lo encontrarán. Quienes vayan tras la pista de metáforas de la existencia, las hallarán también. Entrenadores, hombres con sueños, decepciones, conflictos, éxitos, fracasos...»

CARLOS TORO

Prólogo

Fútbol, hombres, vida

Algunos prólogos empiezan así: «Cuando uno de tus mejores amigos te pide un prólogo...». Bueno, pues este prólogo empieza del mismo modo. Y es que cuando uno de tus mejores amigos te pide un prólogo te sientes, simultáneamente, emocionado, encantado, agradecido y asustado. Te emociona, te encanta y agradeces formar parte de un proyecto tan importante para él, a quien tanto aprecias y valoras. Y te asustas porque no sabes si estarás a la altura de su trabajo y, sobre todo, de vuestra amistad, a cuya confianza se acoge.

Orfeo y yo hemos forjado esa nuestra amistad en las trincheras. En las trincheras deportivas, por descontado. Allí donde las balas son balones y los disparos no van a la cabeza, sino a puerta. Allí donde los números no indican bajas, sino récords. Tales batallas y batallitas han establecido entre nosotros una afinidad expresada en sobreentendidos cómplices y en gags exclusivos que han servido, en según qué casos, en según qué plazas y en según qué circunstancias, para sobrevivir. Y perdón por la dramática exageración. Pero es que el periodismo deportivo se parece al de guerra. Si bien, por fortuna, y aunque ya se sabe que el fútbol, ¡ejem!, trasciende la vida y la muerte, con más efusión de lágrimas y sudor que de sangre, Orfeo y yo hemos sudado mucho por esos estadios de Dios. Y hemos llorado casi más. Pero de risa. Y nos volvemos a reír cada vez que recordamos lugares, episodios y personajes.

Orfeo es un hombre joven, pero muy experimentado. Y la experiencia ha potenciado sus cualidades. Y también su único defecto. Aclaremos: es demasiado desordenado para unas cosas y demasiado cuadrulado para otras. Pero eso no tiene importancia. Su defecto, su auténtico defecto, reminiscencia quizás de una infancia traviesa, es su afición por polemizar y por pinchar a quienes no dudan (dudamos) en entrar al trazo a la menor provocación, aunque a esta se le vea el plumero bromista.

Infancia traviesa, decíamos. Pero algunos dudamos de que Orfeo haya sido alguna vez niño; porque desde que nació en la suiza Ginebra del voluntario exilio paterno, o más o menos por esas fechas, se comportó con el sentido de la responsabilidad de un adulto. Y de un adulto fue su cosmogonía y su organización vital. Su visión del deporte siempre ha ido más allá del deporte mismo. O, por decirlo de otro modo, amplió en su cabeza y en sus escritos la naturaleza, dimensión y trascendencia del deporte, uno de los más grandes fenómenos de masas de nuestro tiempo.

Del deporte. También del fútbol. Y del mismo modo que en un jugador ve algo más que un jugador, en un entrenador ve mucho más que un entrenador. En las páginas que siguen hay un mosaico humano de primer orden. Un retablo personal ordenado alrededor del fútbol, pero que trasciende ese mundo y penetra en la propia vida para tratar de definirla, entenderla y acaso corregirla y mejorarla. Orfeo establece con los entrenadores una instantánea relación de familiaridad propicia a las confianzas, quizás porque el entrenador ve en Orfeo a alguien más que a un periodista.

Quienes en este libro solo busquen fútbol en estado puro, aunque nunca simple, lo encontrarán. Quienes vayan tras la pista de metáforas de la existencia, las hallarán también. Entrenadores, hombres con sueños, decepciones, conflictos, éxitos, fracasos... Entrenadores, tranquilos y entrenadores viscerales. Hombres extrovertidos y hombres re-

servados. Entrenadores y hombres metódicos e instintivos. Amables y ásperos. Vanidosos y modestos. Rígidos y tolerantes. Idealistas y pragmáticos. Hombres que han compartido césped con otros hombres. Hombres que han dirigido a otros hombres y por otros hombres han sido dirigidos. Hombres alrededor de un balón que rueda, alegría del planeta que gira.

CARLOS TORO

Introducción del autor

Palabra de entrenador nace a partir de la admiración por un personaje capital en el fútbol, con conocimientos técnicos y con capacidad de liderazgo, pero, sobre todo, con una cualidad fuera de lo común para convivir con la presión, para habitar permanentemente sobre una silla eléctrica. En mi opinión, es el principal pilar de un proyecto, pero al mismo tiempo la parte más débil del cordaje. Es analizado día a día por sus futbolistas, enjuiciado por sus presidentes, como césares con el pulgar preparado, sometido a la crítica de la prensa y alabado y lapidado por los aficionados. Todos encuentran, encontramos, razones para explicar las victorias y las derrotas. Ellos no lo consiguen muchas veces, pero no pueden decirlo, no pueden demostrar que dudan como los inteligentes, no les está permitido reconocer lo incontrolable de este juego que tanto desconocemos todavía, porque se supone que les pagan, y muy bien, para tenerlo todo bajo control. Quien no sea capaz de cohabitar con semejante locura, no sirve para este oficio.

Durante veinticinco años en el periodismo, he tenido la oportunidad de conocer a numerosos entrenadores, personajes que aparecen y desaparecen en este tiovivo que es el fútbol español, demasiado endogámico. He asistido a entrenamientos, a partidos en todas partes de España y del mundo, a ruedas de prensa y he realizado numerosas entrevistas a la mayoría de los protagonistas en distintos momentos de su carrera. Pero, sobre todo, he convivido con numerosos de ellos a lo largo de viajes, estancias en hote-

les y concentraciones. He conocido las preocupaciones que anidan tras el rostro público en noches de *hall*, a veces demasiado largas, en momentos en los que se dejaba ver el hombre, no el entrenador. He sabido, asimismo, de las opiniones de sus jugadores, siempre en busca de motivos para seguirlos o de debilidades para abandonarlos, y también las de sus presidentes, deseosos de interpretar su papel.

De la misma forma que en el resto de profesiones, no existe una personalidad común para el entrenador, un perfil que se pueda homologar. Introversos o extroversos, hilarantes o reflexivos, todos tienen en común la pasión como motor de su profesión. No es el dinero, puedo asegurarlo. Es el sonido de la pelota, es el olor a hierba mojada, es ese domingo sin fútbol convertido en un hastío. Habrá excepciones, seguro, pero todo entrenador es la culminación de un sueño, o su continuación, en el caso de quienes antes fueron grandes jugadores. Tampoco se trata de una condición necesaria el tener antecedentes como futbolista profesional, y ahí están Rafa Benítez, José Mourinho, Víctor Fernández o hasta José Ramón Sandoval para demostrarlo. Todos ellos coinciden en que son más importantes el conocimiento y la capacidad de transmitirlo, de liderar, que el pasado.

Como a cualquier aficionado, el jugador me produce fascinación por las cosas que es capaz de realizar en un campo, pero el entrenador ha despertado en mí siempre mucha curiosidad e interés por su perfil psicológico y por la dificultad que implica tomar decisiones en décimas de segundo que resultan trascendentales para millones de personas. Son hombres a los que se encierra en un laberinto con una única salida: la victoria. La situación conduce a un estrés inhumano que, lamentablemente, desemboca en ocasiones en procesos de autodestrucción personal. Jorge Valdano, que cerró pronto su etapa como entrenador pero no su alta exposición al riesgo desde otros cargos, como el último que desempeñó en el Madrid, asegura en estas pá-

ginas que conserva el equilibrio porque entra y sale del primer plano del fútbol, y eso le permite reciclarse neurológicamente. Ese prodigio del autocontrol que es Vicente del Bosque explica que, después de más de treinta años vinculado al Madrid en todos los cargos posibles, la presión forma parte de su ser. Jamás, añade, ha sentido tanta como cuando debutó con el Madrid, todavía adolescente, contra un equipo del Atlético de Madrid, en Carabanchel. Ni siquiera en la final del Mundial de Sudáfrica.

De todas sus reflexiones, sea sobre el juego, la convivencia, la conducción de grupos o la relación entre el fútbol y la sociedad, trata este trabajo. Aborda 32 casos, treinta más un diálogo entre Ángel Cappa y Juan Manuel Lillo, argentino y español, pero con mucho más en común que las patrias y las banderas. Es el juego, algo insobornable e inexplicable. Lo intentan descifrar para cerrar la obra o, seguramente, para abrirla a más interrogantes sobre este fenómeno de masas que vertebra el planeta como ningún otro. La primera advertencia es que la selección de los entrenadores es subjetiva, porque la primera condición es que, como autor, hubiera tenido contacto personal suficiente como para atreverme a interpretarlos. La segunda es que alguno puede no estar en su cargo cuando accedan los lectores al libro. Es su sino, aunque sus reflexiones no sean en ningún caso circunstanciales.

Existen técnicos que han sido muy importantes en nuestro fútbol, pero con los que no llegué a tener el contacto suficiente, como John Benjamin Toshack o César Luis Menotti, al que observaba hablar de fútbol, todavía en mi etapa como estudiante, por las noches, subido en un taburete, whisky en mano, en el centro de la pista de baile de una discoteca de Barcelona. Ya entonces me pareció un genio. Es una entrevista pendiente. Tampoco a Pacho Maturana, Vicente Cantatore o Víctor Espárrago, pozos de ciencia futbolística. Algunos de los actuales, como Marcelino, declinaron participar en el proyecto. Por una cuestión de edad,

no estuvieron a mi alcance Helenio Herrera, Marcel Domingo o Rinus Michels, y solo tuve un breve encuentro, que relato, con Vujadin Boskov. Ellos, al igual que Miguel Muñoz y otros muchos, son citados por sus discípulos en estas conversaciones. Por esa razón, siempre será un trabajo inacabado. Intenta, al menos, atravesar épocas, desde Luis Aragonés, Javier Clemente o Johan Cruyff a José Mourinho, Josep Guardiola y hasta José Luis Oltra, con el objetivo de abarcar un tiempo del fútbol español. Para ello, se organiza en capítulos y se contextualizan los personajes, aunque posteriormente cada uno de ellos es un alma libre.

Todos los episodios están basados, fundamentalmente, en conversaciones, en muchos casos en varias, que se superponen en el tiempo. Tres casos son algo excepcionales: Guardiola, Mourinho y Marcelo Bielsa. Del primero, fiel a su norma de no conceder entrevistas individuales, se incorpora una charla de su etapa como futbolista en la que ya definía su fútbol, y su progresión posterior explicada por las personas de su entorno profesional y personal. A Mourinho lo conocí en Barcelona, y de aquel personaje y sus palabras arranca la descripción, completada por sus futbolistas, aunque no me haya sido posible concluirla ya en Madrid. En el caso de Bielsa, seguí su corta etapa en el Espanyol y posteriormente su trabajo en las selecciones de Argentina y de Chile, en los Mundiales de Corea y Japón y de Sudáfrica respectivamente. El preparador argentino, un ser muy especial, es analizado por jugadores en los que dejó un sello inconfundible.

El trabajo aborda las culturas del banquillo, las grandes influencias, la escuela española que nace en la tierra y a la que hay que reivindicar, porque son quienes han entrenado a los héroes de nuestra mayor utopía, el Mundial, e incluso a aquellos que, llegados de otros mundos, nos hicieron mejores y se hicieron mejores junto a nosotros. No son biografías, son interpretaciones de los personajes realizadas por un periodista que mezcla su experiencia, y en ocasiones

hasta su vida, con los actores del éxito, con los personajes de sus sueños. Es, pues, el libro de un privilegiado.

LO QUE SIEMPRE QUISIMOS SER Y NUNCA FUIMOS

Dadme un punto de apoyo y moveré el mundo.

ARQUÍMEDES, 287 - 212 a. C.

Vicente del Bosque

La patria es la moral y la pelota

—Rómpalo, míster, rómpalo.

Vicente del Bosque, incrédulo, sostenía en su mano un bolígrafo Bic que le acababa de entregar Gérard Houllier.

—¡Rómpalo! —insistió, ya en tono de entrenador, mientras el seleccionador español le devolvía la mirada de la desconfianza.

Finalmente, Del Bosque obedeció. Cogió el Bic entre sus manos y lo partió. Houllier sonrió. Posteriormente, el técnico francés cogió dos y se los ofreció a Joaquín Caparrós, acompañados de la misma orden. El andaluz, tan decidido como siempre, no dudó. Los agarró por los extremos y los golpeó contra sus rodillas. Houllier dio un paso lateral, tomó esta vez un puñado y los puso en las manos de Miguel Ángel Lotina.

—¡Rómpalos!

—Es imposible... —respondió Lotina, sin intentarlo.

—¿Por qué? —cuestionó el francés.

Antes de que se rompiera el breve silencio del entrenador vasco y de todo un auditorio repleto de candidatos al banquillo, Houllier se respondió a sí mismo.

—Yo se lo diré: porque son muchos y están juntos.

El técnico, entonces al frente de la dirección deportiva de la Federación Francesa de Fútbol, poco antes del inicio del Mundial de Sudáfrica, acababa de reproducir una escena que había llevado a cabo en el vestuario del Liverpool,

en la temporada 2000 - 01, cuando condujo al conjunto inglés a conquistar cinco títulos, entre ellos una Copa de la UEFA, a costa de dos clubes españoles, el Barcelona y el Alavés, al que batió en la final. Houllier explicó que antes del cruce con el poderoso equipo azulgrana, la admiración por el rival se había instalado de tal forma en el vestuario de Anfield que sus futbolistas consideraban imposible pasar la eliminatoria. La semana anterior al primer partido, mientras el equipo se preparaba para un entrenamiento en Melwood, ciudad deportiva del Liverpool, el técnico llamó a su capitán y le entregó un Bic tras otro mientras le sometía a las mismas preguntas delante de toda la plantilla. Eliminaron al Barça.

A Del Bosque le impactó positivamente la interpretación del teatral Houllier, por la claridad del mensaje y su plasticidad. En realidad, el francés había desarrollado, con bolígrafos, la *teoría del fascio*. La palabra, en italiano, significa haz, referida fundamentalmente a un haz de varas, símbolo de la autoridad republicana en la antigua Roma, de la «fuerza a través de la unidad». La perversa aplicación posterior de la palabra, hacia el fascismo, en nada empaña su significado inicial, de gran valor para el trabajo en equipo. Del Bosque la retuvo mentalmente, la incorporó a su acervo, a una interpretación del liderazgo muy autodidacta, en un mundo en el que cada detalle, cada gesto, por nimio que resulte, puede ser como ese aleteo de la mariposa capaz de cambiar lo que suceda en el otro hemisferio del planeta. Su hemisferio es ahora la banda. Por eso, si alguna vez acuden al entrenamiento de la selección española el día después de un partido, cuando titulares y suplentes se ejercitan por separado, observarán siempre a un hombre a lo lejos, con los brazos cruzados y el rictus contraído, la estampa de un personaje escapado de un soneto de Lope de Vega, mitad dicha, mitad tormento. Poco importa que se haya ganado o perdido, Del Bosque sufre por quienes no han podido jugar, sufre por sus propias decisiones. Esa es